

este momento. ¡Qué de hombres de aquí á veinte años, si todos llegan á ser hombres!

Sin embargo, si Dios quisiera acceder á mis ruegos, he aquí lo que yo le pediría: ¡un poema según mi corazón y según el suyo! una imagen visible, viva, animada y colorada de su creación visible y de su creación invisible!—hermosa herencia, en verdad, que dejar á este mundo de tinieblas, de duda y de tristeza, un alimento que le sustentaría, que le rejuvenecería por un siglo! ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo dársele! ó á lo ménos, dármele á mí mismo aún cuando nadie más que yo oyera de él un solo verso!

El mismo día, á las tres, en alta mar.

El viento de este, que nos disputa el camino, ha soplado con más fuerza; la mar ha crecido y blanqueado; el capitán declara que es preciso volver á tomar la costa y fondear en una bahía á dos horas de Marsella. Ya estamos en ella; las olas nos mecen blandamente; la mar habla, como dicen los marineros; se oye venir de lejos un murmullo semejante á ese rumor que sale de las grandes ciudades:—esa amenazante palabra del mar, la primera que oímos, resuena con solemnidad en los oídos y en el pecho de los que van á hablarle tan de cerca por tan largo tiempo.

A nuestra izquierda, vemos las islas de Pomega y el castillo de If, antigua fortaleza, con torres redondas y pardas que coronan una roca pelada y pizarrena: en frente, sobre la alta costa cortada por peñascos blanquecinos, numerosos caseríos cuyos huertos cercados con tapias no dejan ver más que las copas de los árboles y los verdes arcos de los emparrados; á cosa de una milla dentro de tierra, sobre un cerro aislado y despojado, se alzan el castillo y la capilla de Nuestra Señora de la Guarda, romería de los marinos provenzales ántes de la partida y á la vuelta de todos sus viages. Esta mañana, sin saberlo nosotros, á la misma hora en que entraba el viento en nuestras velas, una muger de Marsella, acompañada de sus hijos, ha salido con el alba, y ha ido á rogar por nosotros á la cima de ese monte, desde donde su mirada amiga divisaba sin duda nuestro buque como un punto blanco en el mar.

¡Qué nudo el de la oración! ¡Qué lazo invisible, pero omnipotente, el de unos seres conocidos ó desconocidos entre sí, y rezando juntos ó separados unos por otros! Siempre me ha parecido que la oración, ese instinto tan verdadero de nuestra impotente naturaleza, era la única fuerza real, ó á lo ménos la mayor fuerza del hombre. El hombre no concibe su efecto; pero ¿qué concibe? La necesidad que impulsa al hombre á respirar basta para probarle que el aire es necesario á su vida. El

instinto de la oracion prueba tambien al alma la eficacia de la oracion: ¡oremos, pues! ¡Y tú que nos has inspirado esa maravillosa comunicacion contigo, con los seres, con los mundos invisibles, tú, oh Dios mio, óyenos mucho, óyenos mas allá de nuestros deseos!

El mismo dia, à las once de la noche.

Una luna espléndida parece como que se mece entre los mástiles, las vergas, las jarcias de los dos bergantines de guerra fondeados no léjos de nosotros, entre nuestro anclage y las negras montañas del Var; cada cable de esos buques destaca á la vista sobre el fondo azul y purpúreo del cielo de la noche, como las fibras de un gigantesco y descarnado esqueleto visto de léjos al pálido é inmoble resplandor de las lámparas de Westminster y de San Dionisio (1). Mañana esos esqueletos recobrarán la vida, tenderán sus alas recogidas como nosotros, y echarán á volar, como aves del oceano, para ir á posarse en otras playas. Desde el puente en que estoy oímos el agudo y compasado pito del maestro de la nave que manda la maniobra, los redobles del tambor, la voz del oficial de guardia. Los pa-

(1) Abadías en que están los panteones de los reyes de Inglaterra y Francia.—*N. del T.*

bellones se deslizan del mástil; los botes, las embarcaciones suben á bordo como al ademan rápido y vivo de un ser animado. Todo es silencio en su bordo como en el nuestro.

En otro tiempo el hombre no se dormia sobre ese profundo y pérfido cauce del mar, sin alzar su voz y su alma á Dios, sin rendir homenaje à su sublime Autor en medio de todos esos astros, de todas esas olas, de todas esas cimas de montañas, de todos esos encantos, de todos esos peligros de la noche; por la noche se decia una plegaria comun à bordo de los buques. Desde la revolucion de Julio, se ha destruido esta costumbre: la oracion ha muerto en los labios de ese rancio liberalismo del siglo XVIII, que nada vivo tenia en sí mas que su frío odio contra las cosas del alma. Aquel sagrado aliento del hombre, que los hijos de Adan se habian trasmitido hasta nosotros con sus alegrías ó sus dolores, se ha apagado en Francia en nuestros dias de disputa y de orgullo: hemos mezclado á Dios en nuestras contiendas. La sombra de Dios amedrenta à ciertos hombres; esos insectos que acaban de nacer, que van á morir mañana cuyo estéril polvo se llevará el viento en pocos dias, cuyos huesos blanqueados arrojarán estas eternas olas á algun arrecife, temen confesar, con una palabra, con un ademan, el ser infinito que confiesan los cielos y los mares; se desdeñan de nombrar al que no se ha desdeñado de crearlos

de crearlos, y ¿por qué? ¡Porque esos hombres llevan un uniforme, porque saben calcular hasta cierta cantidad de números, y se llaman franceses del siglo XIX! Por fortuna el siglo XIX va pasando, y veo acercarse otro mejor, un siglo verdaderamente religioso, en el que, si los hombres no confiesan à Dios en la misma lengua y bajo los mismos símbolos, le confesarán á lo mènens bajo todos los símbolos y en todas las lenguas!

La misma noche.

Una hora me he paseado por el puente del buque, solo, haciendo estas tristes ó consoladoras reflexiones; en ella he murmurado con los labios ó con el corazon todas las oraciones que de niño aprendí de mi madre; los versículos, los retazos de salmos que tantas veces le he oido recitar en voz baja, paseándose por la tarde en la alameda de Milly (1) se me venian á la memoria, y mi pecho sentia un íntimo y profundo deleite en echarlos á mi vez à las olas, al viento, á aquel oido siempre abierto, para el cual nunca es perdida ninguna voz del corazon ó de los labios! ¡La oracion que se ha oido pròferir por alguno á quien se ha amado y á quien

(1) Quinta donde se crió el autor.—*N. del T.*

se ha visto morir, es doblemente sagrada! ¿Quién de nosotros no prefiere las pocas palabras que le ha enseñado su madre, à los mas bellos himnos que uno mismo pudiera componer? Esta es la causa por qué, de cualquiera religion que nos haga ser nuestra razon en la edad de esta, la oracion cristiana será siempre la oracion del linage humano. Así he recitado yo solo la oracion de la noche y del mar por esa muger que no calcula ningun peligro por unirse á mi suerte, por esa hermosa niña que jugaba entretanto sobre cubierta, en la chalupa, con la cabra que debe darle su leche, con los airosoos y mansos lebreles que lamen sus blancas manos, que mordizcan sus largos y rubios cabellos.

12, por la mañana, à la vela.

Durante la noche, el viento ha cambiado y ha refrescado; yo oia desde mi camarote en los entrepuentes las pisadas, las voces y el canto triste de los marineros resonar largo tiempo sobre mi cabeza con los golpes de la cadena del ancla que estaban atando á la proa. Miéntas daban la vela y partimos, me volví á dormir. Cuando me desperté y abrí la porta para mirar las costas de Francia á que estábamos tocando la víspera, no ví mas que el inmenso mar, vacio, desnudo, encrespado, con dos velas solamente, dos altas velas que se alzaban

como dos términos, dos pirámides del desierto en aquella lontananza sin horizonte.

Las olas acariciaban blandamente los arqueados y recios costados de mi bergantín, y parlotearon graciosamente bajo mi angosta ventana, donde á veces se alzaba la espuma en blancas guirnaldas; era aquello como el rumor desigual, variado, confuso del gorgceo de las golondrinas sobre una montaña, cuando se alza el sol sobre unos trigos. Hay armonías entre todos los elementos, como hay una general entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual: cada pensamiento tiene su reflejo en un objeto visible que lo repite como un eco, lo refleja como un espejo y le hace perceptible de dos modos; á los sentidos por medio de la imágen, al pensamiento por medio del pensamiento; tal es la poesía infinita de la doble creacion! Los hombres llaman á eso comparacion; la comparacion es el génio; la creacion no es mas que un pensamiento bajo mil formas. Comparar es el arte ó el instinto de descubrir nuevas palabras en esa lengua divina de las analogías universales que solo Dios posee; pero de la que permite á ciertos hombres descubrir algo. Esta es la razon por qué el profeta, poeta sagrado, y el poeta, profeta profano, eran admirados antiguamente y en todas partes, como seres divinos. En el dia se los mira como á seres insensatos ó cuando ménos inútiles, y es muy natural; los que cuentan por todo, el mundo material

y palpable, esa parte de la naturaleza que se resuelve en cifras, en estension, en dinero ó en gozes físicos, hacen bien en despreciar á esos hombres que no conservan mas que el culto de la belleza moral, la idea de Dios, y esa lengua de las imágenes, de las relaciones misteriosas entre lo invisible y lo visible! ¿Qué prueba esa lengua? ¡Dios y la inmortalidad! ¡Y esto es nada para ellos!

13 de Julio, anclados en el pequeño
golfo de la Ciotat.

El viento favorable que ha soplado un momento, se ha desvanecido pronto en nuestras velas, que caian á lo largo de los palos, y los dejaban oscilar á merced de las mas flacas oleadas,—hermosa imágen de esos caracteres á quienes falta la voluntad, ese viento del alma humana, caracteres flotantes que cansan á los que los poseen, esos caracteres desgastan mas por la debilidad que los animosos esfuerzos que una voluntad vigorosa imprime á los hombres de energía y de accion, como los buques tambien que, en un mar sereno y sin viento, se cansan mas que bajo el impulso de un viento fresco que los impele y los sostiene sobre la espuma de las olas.

Sea casualidad, sea secreta maniobra de nuestros

oficiales, nos vemos precisados por el viento á entrar à las tres en el risueño golfo de la Ciotat, pueblecillo de la costa de Provenza, donde nuestro capitán y casi todos nuestros marineros tienen sus casas, sus mugeres y sus hijos. Al abrigo de un pequeño muelle que se destaca de una graciosa colina, cubierta de vides, de olivos y de higueras, como una mano amiga que tiende la playa á los marineros, dejamos caer el ancla; no hay una arruga en la superficie del agua, y esta está tan trasparente que á veinte piés de profundidad vemos relucir las guijas y las conchas, ondear las largas yerbas marinas y correr millares de pescados de cambiantes escamas, tesoros escondidos del seno del mar, tan rico, tan inagotable como la tierra en vegetacion y habitantes. ¡La vida es en todas partes como la inteligencia! ¡Toda la naturaleza está animada, toda la naturaleza siente y piensa! ¡El que no lo ve, nunca ha reflexionado sobre la incabable fecundidad del pensamiento creador! Este no ha debido, no ha podido pararse; el infinito está poblado, y donde quiera que está la vida, allí está tambien el sentimiento: el pensamiento tiene grados desiguales sin duda, pero sin vacío. ¿Queremos una demostracion física de esta verdad? ¡Mirémos una gota de agua bajo el microscopio solar, y en ella veremos gravitar millares de mundos! ¡Mundos en la lágrima de un insecto! Y todavía si lograramos descomponer cada uno de aquellos millares de

mundos, nos aparecerian millones de universos nuevos! Si de esos mundos sin límites é infinitamente pequeños, nos elevamos de repente á los grandes globos innumerables de las bóvedas celestes, si penetramos en la vía lactea, incalculable polvo de soles, cada uno de los cuales rige un sistema de globo mas vasto que la tierra y la luna, el espíritu queda anonadado bajo el peso de los cálculos; pero el alma los soporta y se gloria de tener su lugar en esa obra, de tener fuerza para comprenderla, de tener un sentimiento para bendecir, para adorar á su Autor. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán digna oracion es la naturaleza para el que te busca, para el que te descubre en ella bajo todas las formas, y comprende algunas sílabas de su lengua muda, pero que lo dice todo!

Golfo de la Ciotat, el 14 por la tarde.

El viento ha caido, y nada anuncia su vuelta. La superficie del golfo no tiene una arruga; el mar está tan terso que se distingue en él aquí y allí la impresion de las transparentes alas de los mosquitos que flotan sobre ese espejo, y que son lo único que le empaña en este momento. ¡Que á tal grado de serenidad y mansedumbre. pueda descender ese elemento, que levanta los navíos de tres puentes sin

conocer su peso, que roe leguas de costa, devora colinas, raja peñascos y hiende montañas bajo el embate de sus rugientes olas! Nada es tan manso como lo que es fuerte.

Saltamos en tierra á instancias del capitán, que quiere presentarnos á su muger y enseñarnos su casa. El pueblo se parece á las graciosas ciudades del reino de Nápoles en la costa de Gaeta: todo en él es radiante, alegre, sereno: la existencia es una fiesta continua en los climas del Mediodía. ¡Feliz el hombre que nace y que muere al sol! ¡Feliz sobre todo, el que tiene su casa, la casa y el huerto de sus padres, en las orillas de ese mar en el cual cada ola es una centella que arroja su luz y su brillo sobre la tierra! Salvo las altas montañas que reciben la claridad de sus cimas y de sus horizontes de las nieves que las cubren, del cielo en que se pierden, ningún punto del interior de las tierras, por mas risueño, por mas gracioso que le hagan las colinas, los árboles y los rios, puede competir en hermosura con los sitios que bañan los mares del Mediodía. El mar es á las escenas de la naturaleza lo que los ojos son á un rostro hermoso; las ilumina, les da aquella radiación, aquella fisonomía que las hace vivir, hablar, encantar, fascinar la mirada que las contempla.

El mismo día.

Es de noche, es decir, lo que se llama noche en estos climas. ¡Cuántos días ménos luminosos he contado en las hermosas laderas de las colinas de Richemond, en Inglaterra! ¡En las nieblas del Támesis, del Sena, del Saona ó del lago de Ginebra! Una luna redonda se alza en el firmamento, dibujando en la sombra nuestro negro bergantín, que descansa inmóvil á alguna distancia del espolon. La luna, avanzando, ha dejado en pos de sí como un reguero de ascua roja de que parece haber sembrado la mitad del cielo: lo restante es azul, y blanquea á medida que ella se acerca. En un horizonte de dos millas con corta diferencia, entre dos islitas de las cuales la una tiene bordes acantilados, altos y amarillos como el Coliseo de Roma, y la otra es morada como flores de lila, se ve sobre el mar el espejo de una gran ciudad: la ilusión es tal que engaña la vista; se ven relumbrar los cimborios de los palacios de deslumbradoras fachadas, largos espolones inundados de una luz blanda y serena: á derecha é izquierda, las olas blanquean y parece que lo envuelven: cree uno ver á Venecia ó Malta durmiendo en medio de las olas. No es ni una isla, ni una ciudad; es la reverberación de la luna en

el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas; á su derecha se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de olivos, que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas léjos todavía, y en el confin del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas estrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas,—caprichos gigantescos de un oceano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una débil imágen.

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitan de nuestro bergantin; linda habitacion, modesta, pero bien adornada; nos recibió su jóven esposa, doliente y

triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma, á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su razon. La casa parecia una habitacion flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitan; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque jóven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos,—son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su carácter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa

regularidad con que nuestros labradores de Saint-Point manejan el rastrillo ó el arado; labradores del mar, pacíficos y cantando alegres como los hombres de nuestros valles, siguiendo á los rayos del sol matinal sus largos sulcos humeantes en las laderas de sus colinas.

16 de Julio.

Despierto muy de madrugada, oí esta mañana en el puente inmóvil la voz de los marineros con el canto del gallo y el balido de la cabra y de nuestros carneros. Algunas voces de mugeres y de niños completaban la ilusion: hubiera podido creermecostado en la estancia de madera de una cabaña de labradores, en las márgenes del lago de Zuric ó de Soleura. Subí á cubierta; aquellos niños eran los hijos de algunos marineros que sus mugeres habian llevado á ver á sus padres: estos los sentaban sobre los cañones, los ponian de pié sobre las barandas del buque, los tendian en la chalupa, los cunaban en la hamaca con aquella ternura en el acento y aquellas lágrimas en los ojos que hubieran podido tener unas madres ó unas nodrizas. ¡Hombres honrados, de corazones de bronce contra el peligro, de corazones de muger para lo que aman, ásperos y blandos como el elemento en que viven, Sea pastor, sea marino, el hombre

que tiene una familia tiene un corazon formado de sentimientos humanos y bondadosos. El espíritu de familia es la segunda alma de la humanidad; los legisladores modernos lo han olvidado demasiado; no piensan mas que en las naciones y en las individualidades; omiten la familia, única fuente de las poblaciones fuertes y puras, santuario de las tradiciones y de las costumbres, donde se templan y robustecen todas las virtudes sociales. La legislacion, aun desde el establecimiento del cristianismo, ha sido bárbara bajo este concepto, pues aparta al hombre del espíritu de familia, en vez de brindarle con él! Veda á la mitad de los hombres la muger, el hijo, la posesion del hogar y de la heredad; debia estos bienes á todos, apénas llegan á la edad viril; y solo debia privar de ellos á los culpados. La familia es la sociedad en pequeño, pero es la sociedad donde las leyes son naturales, porque son sentimientos. Escomulgar de la familia hubiera podido ser la mayor reprobacion, el último borron impuesto por la ley,—hubiera sido la única pena de muerte de una legislacion cristiana y humana.—La muerte sangrienta debiera haber desaparecido hace siglos.

Julio, al ancla por los viento.

A una milla al oeste, en la costa, las montañas están partidas como á martillazos; los enormes fragmentos han caído, acá y allá, á las faldas de las montañas, ó bajo las azules y verdosas olas del mar que las baña. El mar se estrella en aquellos puntos sin cesar, y de la oleada que llega con un estruendo alternativo y sordo contra las rocas se lanzan como lenguas de blanca espuma que van á lamer las saladas riberas. Aquellos pedazos amontonados de montañas, porque son demasiado grandes para llamarlas riscos, están arrojados y hacinados con tal confusion unos sobre otros, que forman una innumerable cantidad de angostas ensenadas, de bóvedas profundas, de sonoras grutas, de cavidades sombrías, cuyos caminos, recodos y salidas conocen solo los muchachos de dos ó tres chozas de pescadores de las cercanías. Una de aquellas cuevas, en la que se penetra por el arco rebajado de un puente natural, cubierto de un enorme pedazo de granito, da salida al mar y se abre en seguida sobre un angosto y oscuro valle, que el mar llena todo entero con sus aguas lípidas y tersas como el firmamento en una hermosa noche. Es aquella una caleta conocida de los pescadores, donde mientras las olas rugen espumantes por fuera, sacu-

diendo con sus embates las caderas de la costa, las mas pequeñas barcas están al abrigo de sus furores; apénas se ve allí aquel ligero hervor de un manantial que cae en una cascada. El mar conserva allí aquel hermoso color de un amarillo verdoso y ondeado que tan bien percibe el ojo de los pintores de marinas, pero que nunca pueden reproducir esactamente, porque el ojo ve mas de lo que puede imitar la mano.

Sobre las dos laderas de aquel valle marino se alzan, hasta perderse de vista, dos paredes de rocas casi perpendiculares, sombrías y de un color uniforme, semejante al de la escoria de hierro poco despues que ha caído del horno. Ninguna planta, ningun musgo halla allí siquiera una grieta para suspenderse y arraigarse, para hacer ondear aquellas guirnaldas de enredaderas y aquellas flores que con tanta frecuencia se ven flotar en las paredes de las peñas de la Saboya, á alturas donde solo Dios puede respirarlas; peladas, derechas, negras, repulsivas, no están allí mas que para guarecer del aire del mar las colinas de viñas y olivos que vegetan bajo su abrigo, imágenes de aquellos hombres que dominan una época ó una nacion, espuestos á todas las injurias del tiempo y de las tempestades, por proteger á hombres mas débiles y mas felices. En el fondo de la caleta, el mar se ensancha un poco, serpea, toma una tinta mas clara á medida que

descubre mas cielo, y remata en fin en una hermosa sábana de agua dormida sobre un cauce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pié fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivados á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages: esa mezcla perfecta de gracia, de fuerza, es lo que forma la bèleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida; es aquella imágen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas; es una de aquellas numerosas obras de la creacion, que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes; pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del oceano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viajeros, á los poetas, ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de Oeste; á las tres levantamos el ancla; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte;—mar esplendente,—movimiento blando y compasado del bergantin,—murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela, se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza: ¿será que tambien ella respira?—Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino Autor. Dios no ha hecho la muerte; la vida es el signo de todas sus obras.

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche,

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el horizonte las últimas cimas de los pardos montes de las costas de Francia y de Italia, luego la línea

azul, sombría, del mar en el horizonte, lo ha sumergido todo; el ojo, en aquel momento en que el horizonte conocido se desvanece, recorre el espacio y el vacío flotante que le rodea, como un infeliz que ha perdido sucesivamente todos los objetos de su amor, de sus hábitos, y que busca en vano donde reposar su corazón.

El cielo llega á ser la grande y única escena de contemplación; luego la mirada cae sobre ese punto imperceptible, perdido en el espacio, sobre ese estrecho buque que es el universo entero para aquellos que lleva en sí.

El maestro está sentado junto al timón; su rostro varonil é impasible, su mirada firme y vigilante, clavada ya en la vitácora para buscar en ella la aguja, ya en la proa para descubrir en ella, entre las jarcias del trinquete, su rumbo al través de las olas; su brazo derecho tendido sobre la barra del timón, é imprimiendo con un movimiento su voluntad á la inmensa mole del buque; todo manifiesta en él la gravedad de su obra, el destino de la nave, la vida de treinta personas girando en su ancha frente y pesando en su robusta mano.

En la delantera del puente, los marineros están en grupo, de pié, sentados, tendidos sobre las tablas de reluciente pino, ó sobre los cables arrollados en vastas espirales,—unos componiendo las velas rasgadas, con gruesas agujas de hierro, como

doncellas bordando el velo de sus bodas ó la colgadura de su lecho virginal; otros asomados á las barandas, mirando sin verlas, las olas espumantes, como miramos las piedras de un camino cien veces andado, y echando al viento con indiferencia las bocanadas de humo de sus pipas de barro colorado. Estos dan de beber á las gallinas en sus largos dornajos; aquellos tienen en la mano un puñado de yerba y dan de comer á la cabra, cuyos cuernos tienen cogidos con la otra mano; otros juegan con dos hermosos carneros que están encaramados entre los dos palos en la alta chalupa suspendida; los pobres animales levantan su cabeza inquieta encima de los bordages, y no viendo mas que la ondeante llanura blanqueada por la espuma, balan tristemente, recordando el peñasco y el árido musgo de sus montañas.

En la estremidad del buque, horizonte de este mundo flotante, se ve la aguda proa precedida de su mástil de bauprés inclinado sobre el mar; aquel mástil se esgrime delante del buque como el aguijon de un monstruo marino. Los vaivenes del mar casi insensibles en el centro de gravedad en medio del puente, hacen describir á la proa oscilaciones lentas y gigantescas: unas veces parece que dirige el rumbo del buque hácia alguna estrella del firmamento; otras que le va á sumergir en algun profundo valle del océano, porque parece que el mar sube y baja sin cesar cuando está uno en la estre-

midad de un buque que, con su mole y su longitud, multiplica el efecto de aquellas revueltas olas.

Nosotros, separados por el palo mayor de aquella escena de costumbres marítimas, estamos sentados en los bancos de guardia, donde nos paseamos con los oficiales por el puente, mirando declinar el sol y crecer las olas.

En medio de todas aquellas figuras varoniles, severas, pensativas, una niña, el cabello destrenzado y ondeando sobre su vestido blanco, su hermoso rostro rosado, feliz y contento, rodeado de un sombrero de paja de marinero, atado debajo de la barba, juega con el gato blanco del capitán ó con una nidada de palomos de mar, cogidos la víspera, que se echan bajo la cureña de un cañón y á quienes desmigaja el pan de su merienda.

Entre tanto el capitán del buque, con su reloj marino en la mano, y espiondo en silencio en el occidente el segundo preciso en que el disco del sol refractada su mitad, parece que toca las olas, y flota en ellas un momento ántes de sumergirse todo entero, levanta la voz y dice: *¡Señores, la oración!* Todas las conversaciones cesan, todos los juegos acaban, los marineros tiran al mar su cigarro todavía encendido, se quitan sus gorros griegos de lana roja, los llevan en la mano, y van á arrodillarse entre los dos mástiles. El más jóven de ellos abre el libro de oraciones, y canta el *Ave maris stella* y las letanías sobre un tono tierno,

lastimero y grave, que parece haber sido inspirado en medio del mar y de aquella inquieta melancolía de las últimas horas del día, en que todos los recuerdos de la tierra, de la choza, del hogar, suben del corazón al pensamiento de aquellos hombres sencillos. Las tinieblas van á bajar nuevamente sobre las olas y á sepultar hasta por la mañana, en su peligrosa oscuridad, el rumbo de los navegantes y las vidas de tantos seres que ya no tienen más faro que la Providencia, más asilo que la mano invisible que los sostiene sobre las olas. Si la oración no hubiera nacido con el hombre, allí, en el mar, es donde hubiera sido inventada, por hombres solos con sus pensamientos y sus flaquezas en presencia del abismo del cielo donde se pierden sus miradas, del abismo de los mares, del que los separa una frágil tabla;—al estruendo del océano que ruge, silba, ahulla, brama como las voces de mil alimañas;—á los embates del viento que hace espedir un sonido agudo á cada cuerda, —al acercarse la noche que abulta todos los peligros y multiplica todos los terrores . . . Pero la oración nunca se ha inventado; nació del primer suspiro, de la primera alegría, de la primera pena del corazón humano, ó más bien, el hombre no nació más que para la oración; glorificar á Dios ó implorarlo, fué su única misión en la tierra; todo lo demás parece ántes que él ó con él; pero el grito de gloria, de admiración ó de amor que eleva